



BLIZZARD ENTERTAINMENT

Diario de viaje de Li Li

Capítulo VIII



Capítulo Ocho: La Cima Kun-Lai

Yo creía que El Bosque de Jade era una extensión de terreno inmensa, pero ni comparación con la Cima Kun-Lai. Las montañas eran tan altas que incluso estando en el globo, bien arriba, tenía que estirar el cuello para ver dónde se desvanecían las nevadas laderas por encima de las nubes.

Nuestro destino, el Templo del Tigre Blanco, se encontraba resguardado en la parte noreste de Kun-Lai. Al igual que los templos de El Bosque de Jade y la Espesura Krasarang, estaba dedicado a uno de los legendarios Celestiales de Pandaria. En este caso se trataba de Xuen, el Tigre Blanco. El piloto del globo, Shin, también se refería a aquel ser como el espíritu de la fuerza, que parecía el rasgo perfecto que convenía tener en lo alto de aquellas inhóspitas montañas.

Los terrenos del templo estaban helados cuando llegamos. Para cuando habíamos descargado todos los barriles de pescado tenía las zarpas entumecidas. Ni siquiera mi bandipache, Shisai, podía escapar al frío. Estaba cubierto de escarcha de la cabeza a la cola, y los bigotes se le habían convertido en carámbanos. Me habría sentido mal por el pequeñín si no hubiera estado tan gruñón últimamente. La noche anterior, ¡intentó morderme cuando lo pillé robando pescado de los barriles!

Algo le ocurría, pero no sabía qué... Aún.

Tras realizar la entrega, volvimos a elevarnos y nos dirigimos hacia las rocosas estepas de las tierras altas del sur de Kun-Lai. Allí era donde vivía la mayoría de las gentes de la región. Aparte de cabañas hozen y aldeas pandaren, vi un asentamiento jinyu a la orilla de un lago llamado Presa Branquias de Tinta. Tenía esperanzas de aprender muchas cosas sobre la cultura ancestral y la rica historia de aquella raza anfibia. Y lo que es más importante, quería saber cómo hacían para meter pececillos en burbujas y hacerlos flotar por el aire.

Pero no llegué a tener la oportunidad de explorar Branquias de Tinta. De hecho, no pude disfrutar de *ninguna* de las asombrosas vistas de Kun-Lai. A cada segundo que pasaba, Shisai se volvía más peligroso e imprevisible.

—Está enfadado —me explicó Shin al fijarse en el comportamiento del bandipache—. Pero no es culpa suya... —El pandaren me dijo entonces que uno de los sha, un ser que era pura ira, había escapado de su prisión en lo alto de las montañas. Estaba aterrorizando las estepas, provocando brotes de violencia entre la gente que vivía por la zona.

Para empeorar las cosas, una raza de nómadas greñudos con cara de yak llamados yaungol se había adentrado en la región por el oeste. Los muy cretinos se comportaban como si fueran dueños y señores del lugar, incendiando los asentamientos que encontraban a su paso. Shin ignoraba si la súbita aparición de los yaungol tenía algo que ver con el sha, pero aquellos brutos no ayudaban a hacer de Kun-Lai un lugar más seguro.

Aunque no podíamos hacer nada respecto al sha o los yaungol, sí podíamos ayudar a mi bandipache. Shin dijo conocer a la persona idónea para curar los problemas de ira de Shisai: Valiente Yon.

Yon vivía en una pequeña cueva en lo alto de la Cumbre Kota, una montaña remota en el sudoeste de Kun-Lai. Era un pandaren excéntrico, famoso por su habilidad para domar animales salvajes y entrenarlos para la lucha. Por suerte Shin era un viejo amigo de Yon, por lo que el domador nos recibió en su casa y accedió a ayudar a Shisai. Con mucho cuidado, inspeccionó al malhumorado bandipache. De vez en cuando, Yon se volvía hacia las mascotas que tenía en la cueva y les hacía alguna pregunta o murmuraba algo entre dientes. Pero lo que de verdad me puso el pelaje de punta eran los extraños jerseys, botas y bufandas que colgaban de las paredes. Era evidente que estaban hechos para que se ajustaran a distintos tipos de animales. Incluso cada prenda tenía bordado el nombre de una de las mascotas de Yon.

—Ríete si quieres —dijo el domador a la defensiva cuando me sorprendió contemplando la ropa—. Pero aquí arriba, con el frío que hace, es importante que las mascotas se mantengan calientes. Les podría dar un tirón, ¿sabes?

Ya... Yon estaba algo chiflado, pero me cayó bien. Me recordaba a los monjes maestros de La Isla Errante, que se pasaban toda la vida estudiando las artes que habían elegido. Solo que en vez de alcanzar el equilibrio interior, Yon hacía pelearse a conejitos y crías de crocolisco. Lo cual también tenía su gracia.

Durante el día siguiente, Yon me enseñó formas de tratar con Shisai y de "canalizar su ira". Comprendí que lo que quería decirme con eso era que enseñara al bandipache a luchar con otros animales. Nunca imaginé que mi desmelenada bolita de pelo pudiera ser capaz de usar tácticas en una pelea, ¡pero resultó que no se le daba nada mal!

Shisai era de hecho capaz de plantar cara a las aguerridas mascotas de Yon (gracias a *mi* preparación estratégica, por supuesto). Es más, combatir calmaba *realmente* a Shisai. En los periodos en los que no estaba dando de mamporros a sus oponentes volvía a ser el de siempre, aunque con algunas cicatrices más.

A la mañana siguiente me fui de la Cumbre Kota con Shin y Shisai. Antes de partir, Yon me dio una bolsa con viejos suministros para mascotas: mordedores para que Shisai se calmara si se ponía refunfuñón, golosinas y muchas otras cosas. El domador no me pidió pago alguno en ningún momento. Es algo que me hizo respetarlo mucho. Había ayudado a Shisai por lo mucho que le gustaba domar bestias salvajes. Y, bueno, quizá también tuvo que ver el hecho de que supiera que yo no tenía nada de dinero.

Shin llevaba el globo hacia el este mientras discutíamos sobre dónde me dejaría. En medio de la conversación, algo en tierra me llamó la atención. Docenas y docenas de pandaren cruzaban una gigantesca puerta en la frontera sur de Kun-Lai.

Shin la llamó la Puerta de los Augustos Celestiales. Que estuviera abierta lo dejó atónito. Al parecer, la barrera llevaba cerrada miles de años. Más allá del muro se extendía un lugar envuelto desde hacía muchísimo tiempo en el mito y la leyenda: el Valle de la Flor Eterna. Era una tierra que *muy* poca gente había pisado vez alguna.

Dicho de otro modo, el valle era un sueño hecho realidad para un explorador, y supe que allí era adonde *tenía* que ir a continuación.
